

¿QUIÉN ES JESÚS?

Es frecuente que el hombre actual, adopte una cierta visión crítica ante Jesús; gusta de juzgarle y definirle, con el íntimo afán de aceptarle o no, de determinar qué posición tomar con relación a Él, pues la vida y el mensaje de Jesús comprometen seriamente nuestra existencia.



También los contemporáneos de Jesús adoptaron una actitud semejante: ¿Quién es este hombre problemático?, ¿un hombre como los demás? (ver Le 4, 22), ¿un profeta? (Mt 16, 14), ¿un impostor? (Mt 27, 63), ¿el Hijo de David? (Mt 21, 9); todos querían leerle en el rostro su propia identidad.

Por lo que conocemos históricamente de Jesús, ¿qué rasgos, qué aspectos característicos nos permiten figurárnoslo vivo en nuestro pensamiento?, ¿quién era y cómo era? Por de pronto, hay que excluir las características que corrientemente distinguen a los hombres singulares:

- **No era rico.** El mismo Jesús dice de sí mismo: «*Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza*» (Mt 8, 20).
- **No era un hombre célebre por su cultura.** Era el hijo del carpintero (Mt 13, 55); en los años de vida pública, sus paisanos se maravillan de su sabiduría y de su elocuencia: «¿No es acaso el carpintero, el hijo de María...?» (Mc 6, 3).
- **No era un hombre político, un demagogo, un agitador.** Jesús rechaza la tentación del diablo que, a cambio de un acto servil, le ofrece los reinos del mundo y su gloria (Mt 4, 8); después de la multiplicación de los panes, huye de la multitud entusiasta que le quería proclamar rey (Jn 6, 15).
- **No era un soldado, un hombre de armas,** como todos esperaban que fuese el Mesías: vengador y liberador de la nación hebrea; no era siquiera un *activista*, un *revolucionario*, un contestatario del dominio romano imperante en el país; a propósito de este tema tan delicado, le habían lanzado la insidiosa pregunta sobre si era lícito pagar el tributo al César, Jesús responderá: «*Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*» (Mt 22, 21).

Los Evangelios nos dan una imagen religiosa de Jesús: Jesús aparece como un **Profeta** (Mt 13, 57; Le 7, 16; Jn 4, 19; etc.), como un **hombre de Dios**, como un hombre que escucha y anuncia mensajes divinos. Jesús parece que tiene la llave de los secretos de Dios. Es el heraldo de una palabra más grande que su medida humana; a quienes, asombrados por su sabiduría religiosa, se preguntan de dónde le viene tan elevada doctrina, Jesús les responde:

«Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. El que quiera cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios, o hablo por mi cuenta. El que habla por su cuenta, busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado, ese es veraz; no hay impostura en él.» (Jn 7. 16-18.)

A pesar de esos rasgos, que hacen un retrato de Jesús muy distinto al de los fundadores de las diversas religiones, e incluso al de los profetas de Israel, se ha intentado buscar la semejanza de Jesús con los ideólogos de los humanismos modernos. Y, así, se presenta a Jesús como el primer comunista de la historia, o como el campeón de las causas revolucionarias, o como el prototipo de las luchas sociales.

Sin embargo, frente a la demagogia, el odio, los prejuicios, o las motivaciones de los humanistas modernos, sobresale en Jesús la calidad exquisita de su vida y de su doctrina: su santidad. Karl Adam nos ofrece este retrato admirable de Jesús:

«Siempre es Jesús como nosotros quisiéramos ser en nuestras mejores horas: natural y sencillo, y, a la par, varonil, de porte arrogante: flexible, elocuente, lleno de austera seriedad, y, al mismo tiempo, infantilmente tierno y delicado; fuerte e intrépido de voluntad, y también infinitamente abnegado y bondadoso —siempre como el momento lo demanda—. Su ethos (forma de vida) recorre todas las escalas de una actitud espiritual, y en cada escala es perfecto, grande y maduro, íntimo y libre, siempre el mismo. Jamás se ha encontrado un hombre de este temple... Tal como se presenta ante nosotros el Jesús de los Evangelios sinópticos, no nos queda otra elección que ésta: O Jesús no ha existido jamás —y entonces nos hallaríamos ante el más grande milagro literario— o existió como Dios-Hombre, pues un puro hombre no pudo existir así. Lo divino no puede separarse de su ser y de su vida. Sólo lo divino nos hace inteligible esta figura, pues ello le da su íntima verdad. No es, efectivamente, que externamente se le haya sobrepuesto, sino que penetra su ser entero, su hablar y su callar, sus lágrimas y su predicación, sus milagros no menos que su muerte.»